

PIQUETE MORADO



Con gran entusiasmo, esperamos que "Piquete Morado" tenga una trayectoria larga y fructífera, sirviendo como una herramienta valiosa para la reflexión y la movilización. Del mismo modo, deseamos fervientemente una vida digna y de calidad para toda la humanidad sin discriminación por razón de sexo.

Consejo redacción Piquete morado.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

EDITORIAL

Definición y primeros pasos.

03

EL CUERPO DE LA MUJER NO ES UN CENTRO DE TRABAJO

Por Raquel Hernández Giner

04

ENTREVISTA ROSA IRANZO

1^a Secretaria de Mujer de CCOO Aragón

Por Sonia García Fabregat

08

LOS JÓVENES Y SU TRIBU

Por Esmeralda Gómez Souto

10

NEGOCIACIÓN COLECTIVA E IGUALDAD

Por Ana Sanchez Delgado

14

15

VISTO POR AHÍ

- La Lucha feminista por los baños públicos
- Tipos de dolor de cabeza

EDITORIAL

Hoy iniciamos una nueva aventura con el lanzamiento de "Piquete Morado", la nueva publicación del grupo de mujeres feministas de Comisiones Obreras de Aragón. Nuestro principal objetivo con esta iniciativa es proporcionar un punto de vista propio y fundamentado sobre los temas que impactan directamente a las mujeres, siempre desde una perspectiva feminista rigurosa y comprometida.



El nombre "Piquete Morado" ha sido cuidadosamente elegido para reflejar nuestra doble identidad: "Piquete" evoca nuestro arraigado carácter sindical y la lucha por los derechos laborales, mientras que "Morado" es el color que universalmente nos representa como feministas, simbolizando nuestra causa y nuestra unión.

A través de esta publicación, abordaremos cuestiones cruciales que afectan tanto a nuestra vida personal como a nuestra condición de clase trabajadora.

Esto incluirá temas fundamentales como la brecha salarial, la configuración de las jornadas laborales, una distribución equitativa del tiempo de trabajo y otros asuntos de actualidad que requieren nuestra atención y análisis.

Como mujeres sindicalistas y feministas, plenamente capacitadas y con la autoridad moral para debatir y pronunciarnos sobre todas aquellas cuestiones que inciden directamente en nuestra calidad de vida participamos activamente en la sociedad, nos implicamos de lleno en los procesos de toma de decisiones y dedicamos nuestro tiempo y energía al activismo sindical y social, convencidas de que el cambio es posible a través de la acción colectiva.

ENTREVISTA A ROSA IRANZO, 1º SECRETARÍA DE MUJER, CCOO ARAGÓN

Sonia García Fabregat

Rosa Iranzo fue la primera mujer de CCOO Aragón que asumió la responsabilidad de Mujer en el sindicato, si bien la incorporación no fue orgánica sino de participación, como nos explica ella, "con voz, pero sin voto". Conversamos con ella de los inicios de las Comisiones Obreras de Aragón

¿Cómo empezaste a militar en CCOO?

Yo empecé a trabajar en el hospital en el 72. Y llevo trabajando desde los 15 años, ininterrumpidamente. Cuando empecé en el hospital no tenía ninguna vinculación con movimientos ni sociales, ni vecinales, ni nada de nada. Lo único que tenía un amigo que sí que estaba bastante politizado, Luis Martínez, que estaba trabajando en mi hospital y nos animó a presentarnos a Enlace Sindical en el 75, creo, en la clandestinidad. Ahí empezó mi vinculación. Las directrices en ese momento de las comisiones obreras, eran intentar romper el sindicato vertical desde dentro y así lo hicimos.

Veníamos a la sede a pedir las autorizaciones para las asambleas que se hacían en el hospital, las legales. Nos mandaban al comisionado de turno y de ahí a la asamblea.

Así empecé yo en esta historia. Y cuando conseguimos derrotar al vertical, fueron unos momentos muy importantes. Ahora cuando me preguntan o pienso en aquella época, no sé si éramos tan conscientes de lo que estaba pasando, me da la sensación de que estoy hablando de la prehistoria, porque el panorama que había en esos momentos no tiene nada que ver afortunadamente con lo de ahora. Me acuerdo de lo de los anticonceptivos, de la planificación que no existía, del número gente que se iba afuera y los traía. Aquí afortunadamente había una especie de red de médicos, fundamentalmente del PC, a los que les caía siempre todo. Pero gracias a eso, pues, se podía ir sobreviviendo.



Y entonces, ¿cuándo...? Porque tú fuiste primera secretaria general de Sanidad,

Sí. En el primer congreso, cuando empezaron los congresos de rama para después llegar al confederal. Mi congreso de sanidad, recuerdo que se hizo en la calle Privilegio de la Unión en un local que debía ser algo del metal y que eran bancos de misa de iglesia incomodísimos. Ahí hicimos el primer congreso y me nombraron secretaria general, que sería en el... ¿75? No, 76 o así.

Debía tener 22, 23 años, una cosa así. Y realmente me nombraron secretaria general porque hacía un poco de equilibrio entre movimientos, tendencias que había en el sindicato, creo yo honradamente.

Bueno, entonces la primera secretaria general de Sanidad fue una mujer.

Sí, sí. Bueno, eso es así, las secretarias generales del sindicato de sanidad fundamentalmente han sido mujeres. Es un sector muy feminizado, pero ¿dónde estábamos ubicadas? Pues en la limpieza, para empezar, luego auxiliares de clínica, que no había ningún chico, ahora sí. Enfermería, que sí que había algún enfermero, que estaban muy vinculados, y los médicos, en los que escasamente podías contabilizar mujeres, fíjate lo que ha dado la vuelta la situación, que ahora la mayoría de médicos son mujeres.

Si no recuerdo mal excepto Ángel Blázquez, los primeros años estuvieron de secretarias generales Pilar Tobed, Concha Soro y Anabel Díaz. Ahora está también Delia. O sea que como cargo de responsabilidad están en minoría los hombres en sanidad.

¿Y de ahí das el salto a....?

Al secretariado y a la ejecutiva. Se consiguió que, en ese órgano supremo, donde se tomaban las decisiones, hubiera alguien en representación de las mujeres, aunque sin cargo de secretaría. La primera secretaria de la mujer fue Isabel Iniesta, creo. La diferencia es que yo tenía derecho a voz, pero no a voto. Esos son los primeros... Los comienzos.

¿Y lo compatibilizabas con la secretaría? ¿Fue asumido con naturalidad? ¿Eso lo tuvisteis que pelear o fue algo asumido

Sí, la secretaría la dejé pronto por eso. El conflicto del trabajo era un núcleo fundamental para la convivencia. O sea, se seguía pensando que la mujer tenía que estar en casa cuidando a los niños y no quitándoles el trabajo a los hombres. Esa mentalidad estaba en todavía ahí arraigada, que alguien cuestionase que eso no podía ser así y que la mujer tenía el mismo derecho que el hombre a trabajar fuera de casa y a compartir las labores de casa con el compañero de turno y que no lo vieran como una agresión a sus derechos, no fue fácil.

Y fue labor de todo el sindicato en general, todos los sindicatos, me imagino con mayor éxito o menor éxito, pero fue importante. Ese paso sí que fue importante, aunque fuera un poco como testimonial.

El sindicato siempre ha sido, y sigue siendo, una representación de lo que pasa en la sociedad, y en esos momentos la sociedad tenía interiorizado que la mujer que salía a trabajar fuera y que de alguna manera abandonaba a los viejos no estaba bien vista.

La dote en las empresas para dejar de trabajar seguía en vigor y el despido por baja maternal era una de las reivindicaciones que se tenía en aquella época. Desgraciadamente pasaba que tú cogías la baja y cuando querías volver ya no había empleo



¿En el sector sanitario teníais esos problemas?

Tengo que dejar claro que mi sector era mucho más cómodo sindicalmente que otros sectores, el metal artes gráficas...Supongo que se aplicaría más en esos sectores el tema de una vez que te quedabas embarazada se acaba el trabajo y tenían que pelear más.

En mi sector recuerdo que se consiguieron las medias jornadas para las mujeres con críos menores de 7 años, y luego a 12, no lo tengo muy claro, pero se conseguían cosas.

Bueno, pero claro, lo que dices, alguien tiene que dar el paso, para que las demás puedan tener una referente.

Sí, eso sí que es muy importante. Pero eso, yo era consciente de lo que te he dicho anteriormente, era consciente de eso.

¿Qué temas eran los que trabajabas?

Los que había en esa época, fundamentalmente el tema de la desigualdad de salario, el tema de la protección de la mujer dentro de las empresas, reconocimientos médicos, por ejemplo, lo de la planificación. La lucha dentro de casa estaba en intentar concienciar a los compañeros, incluso a los que se adherían a las tesis reivindicativas de las secretarías y tal, pues luego escarbabas un poco y claro tenían la realidad que tenían, eso sí que lo veo que ha cambiado afortunadamente un montón.

En la gente joven de mi familia, por ejemplo, veo que no tienen ningún problema en compartir, cada uno hace lo que mejor se le da y lo tienen tan claro como que si yo no sé ni cómo funciona la lavadora, esto lo hace la otra persona y ya está. Está eso bastante superado.

¿Recuerdas algún logro o alguna cosa que te haya gustado?

Una cosa que me chocaba en aquel momento, que también reivindicábamos, era la viudedad, estaba reconocida en las mujeres, pero no estaba reconocida en los hombres.

Y eso lo reivindicábamos también nosotras, pero no estaba reconocida en los hombres. No me acuerdo en qué año se consiguió, pero formaba parte también de nuestras reivindicaciones.

Pues así, ¿recuerdas alguna cosa que quieras comentar?

Pues, hombre, era trabajo de día, de congreso en congreso y de convenio en convenio. Ahí sí que se las tenían que ver, o sea, tenían que luchárselo las mujeres dentro de su propio convenio. Yo admiraba a mis compañeras que se tenían que pelear dentro de su rama.

Porque ya te digo...

¿Los 8 de marzo cómo eran?

¡Uf! Los 8 de marzo eran todos problemáticos para llegar a acuerdos. Bueno, ya sabes, en principio eran por libre... O sea, con UGT teníamos nuestros más y nuestros menos.

Ahora ya no existe eso, pero antes eso era así. Primero había que ponernos de acuerdo nosotras y luego había que ponernos de acuerdo con un UGT, que no siempre se ha conseguido. Dentro de comisiones había grupos políticos, estaba el MC, estaba la Liga estaba el PC y la gente independiente y no siempre coincidías en los eslóganes y en los objetivos y tal pero bueno, oye, al final todos los 8 de marzo salían adelante pero sí, era complicado.

Llevaba bastante trabajo.

Sí, sí, porque lógicamente, fíjate, a veces eran matices, otras veces eran cosas más importantes, pero nuestro afán por discutir, eso tampoco hay que negarlo, está ahí siempre, ¿no? Y bueno, pues se plasmaba en las reuniones, una reunión, otra reunión, otra reunión, reuniones... Éramos también eternos todos en las reuniones, eso no sé si habréis mejorado mucho.

Entonces las directrices eran unas, pero en cada sitio pasaba lo que pasaba. Bueno, seguíamos coordinados con la Secretaría General de Madrid, la Secretaría de la Mujer de Madrid, con Begoña San José.

¿Y convocabais vosotras? ¿O convocababa el Momento Feminista y os adheríais?

No, no, convocábamos nosotras. Nosotras hemos hecho convocatorias del 8 de marzo y se adherían o no.

¿Había más de una manifestación?

Más de un año ha habido más de una manifestación. En esa época hubo años que había más de una manifestación. Algun año, al principio, no había manera de abordar los temas.

Aunque todo se fue subsanando y ya te digo, salir, salían. Sí. Que era lo importante, a fin de cuentas.

Y a ver Rosa, ¿qué consejo le darías a las jóvenes? porque vosotras empezabais muy jóvenes a militar y ahora la gente va muy tarde

Ya te he dicho que no estoy metida en nada, pero, sin embargo, yo no lo veo tan mal.

Dices que no se milita, que no hay mucha gente joven, pero sí que salen. A mí me encanta cuando veo a la gente joven. Yo no sé la composición en las organizaciones como está, pero en la calle sí que hay gente comprometida con las ideas y con los movimientos. Y yo lo que les diría es que sean muy conscientes de lo que nos ha costado tanto conseguir. Y que tengan claro cómo está la situación. Porque a poco que cambie esto, pues vamos hacia atrás, pero seguro, seguro. Y sería muy triste.

Por qué crees que no nos ven a comisiones obreras, como una organización donde identificarse? Tenemos muchos departamentos y muchos servicios que les podrían interesar a los jóvenes.

Es que yo creo que eso se debe un poco a la concepción del trabajo, o sea, en nuestra época, el tener un trabajo fijo era fundamental, la fidelidad al puesto era sagrada, o sea, de hecho, yo sólo trabajé cuatro años en una empresa privada y el resto en el hospital.

O sea, más fiel que esto, imposible, ¿no? Más fiel que a una pareja, o sea, sí. Y ahora eso no tiene ningún valor. Ahora la gente joven no tiene ningún problema en cambiarse de trabajo. Antes eso era un trauma, no podía ser. Entonces, como no tienen esa necesidad de fidelizar el trabajo, tampoco tienen esa necesidad de fidelizar la defensa, ¿no? Entonces tenías esa necesidad de acudir a tus representantes elegidos por tí y que te defendiesen.

Ahora, se van a estar cuatro días en la empresa, seguro que ni existe sección sindical o no la conocen.

Y ¿qué te gustaría haber cumplido?

Lo que creo que sí que se ha cumplido es lo de la igualdad, que no es total, no pretendo ser tan ingenua, a pesar de que hay otra vez una tendencia a reducir la función de la mujer a lo de ama de casa y madre de sus hijos, no creo que se vaya a perder, pero lo demás, la igualdad de salarial, no se ha conseguido. La mujer debe tener influencia, creamos o no, si queremos cambiar cosas hay que estar en los sitios donde se puede hacer, donde se puede cambiar. En las direcciones, en los puestos de poder. Y ahí sigue siendo minoritaria, aunque también es cierto que hemos dado un paso. Mientras no estemos ahí, difícilmente vas a conseguir cambiar las normas y que los hombres lo vean como natural. Las mujeres como jefas de hombres, pues tienen dificultades.

Unas lo llevan mejor, otras lo llevan peor, no quiero decir que todas vayan a tener problemas, ni mucho menos, pero no es lo habitual. Entonces, eso sí que me gustaría que no existiera. Hoy por hoy ni hay igualdad en lo económico, ni hay igualdad en las oportunidades de puestos de trabajo. Y cuando alguna consigue estar en un puesto de dirección, eso me sabe fatal, siempre está a la sombra o es por cupo. O sea, no sé, que se cuestione la valía. A lo mejor es lo primero que me gustaría que desapareciera. Bueno, las hay listas y las hay tontas como los hay listos y los hay tontos. O sea que nadie pretende decir que por el hecho de ser mujer tiene que ser inteligente. Pero que las hay inteligentes, listas y eficaces, eso es una realidad

Que se les reconozca.

LA IGUALDAD HA AVANZADO, PERO MIENTRAS LAS MUJERES NO OCUPEN PLENAMENTE LOS ESPACIOS DE DECISIÓN, EL CAMINO SEGUIRÁ INCOMPLETO.

EL CUERPO DE LA MUJER NO ES UN CENTRO DE TRABAJO

Raquel Hernández Giner

En su intervención del 21 de junio de 2025 en el XIII Congreso Confederal de CCOO, Unai Sordo dejó una frase que caló hondo: **"La prostitución es el único supuesto en el que el cuerpo de la mujer es el centro de trabajo"**.

Partiendo de esa afirmación, vamos a explicar por qué el sindicalismo es, por definición, abolicionista.

En primer lugar debemos de entender como idea principal, que la prostitución es una manifestación de violencia sexual que convierte a la persona prostituida en un objeto, no en una trabajadora. Bien lo explica Amelia Tiganus (activista abolicionista), cuando alguien defiende que *"la prostitución es un trabajo, incluso mejor que limpiar escaleras"*, ella les responde acertadamente, que la diferencia reside en que **"en la prostitución, la fregona eres tú"**.

El Tribunal Supremo español ya declaró en 2021 que la prostitución por cuenta ajena no puede considerarse un trabajo, invalidando este terreno para constituir cualquier relación laboral y mucho menos sindical. Además, otras sentencias del Tribunal refuerzan que la prostitución (donde hay control, subordinación, órdenes o condiciones impuestas) viola la dignidad humana.

Ante los tan manidos argumentos de la legalización: derechos laborales, cotización, mejoras sanitarias, etc. vamos a ver como sería en la práctica la incongruente regularización de la prostitución, desde un punto de vida estrictamente sindical y por qué es un despropósito.

Imaginemos por un momento que se legalizara y regulara la prostitución como cualquier otro trabajo. Se deberían implantar medidas como la creación de una formación profesional específica: ¿Una FP de servicios sexuales? ¿Cómo serían los contenidos? ¿A qué edad podrían acceder? Recordemos además que, en España, se prohíbe expresamente incitar a menores a la prostitución.

Para regular cualquier actividad laboral deberíamos de elaborar un convenio colectivo, al que podríamos llamar **"Convenio colectivo de la prostitución y los servicios sexuales"**, y desarrollar los apartados del convenio como: El ámbito del convenio, la jornada, las mejoras sociales, los derechos de conciliación, los permisos, la salud laboral, la formación, las modalidades de contratación, el desarrollo del plan de igualdad y por supuesto, las categorías y las retribuciones entre otras.

¿Te imaginas negociar con proxenetas, establecer criterios de calidad para "servicios" sexuales, exigir el cumplimiento de protocolos a clientes o definir las fórmulas de promoción? Es totalmente incompatible con los valores sindicales de dignidad, igualdad y protección.

Defenderíamos que cualquier persona, hombre o mujer, pueda realizar este trabajo y garantizaríramos que se cumpla con las cuotas para la diversidad y las personas con discapacidad, tal y como indica nuestra legislación. La igualdad es una de nuestras prioridades en la negociación colectiva, así que desde nuestro sindicato deberíamos de impulsar a los hombres a practicar esta actividad.

Sin olvidar que debemos de redactarlo con lenguaje no sexista y doblando las categorías, por ejemplo **"técnico/a en felación"**.

Si lo que se ofrece es un servicio, cualquier persona con la titulación y la experiencia acreditada podría desempeñarlo, si no elegimos mediante un catálogo al personal técnico que nos arregla la caldera, podríamos vernos encerrados en el cuarto de un burdel con un "trabajador" desagradable y sin dientes.

Principio de igualdad y no discriminación.

Otro asunto peliagudo sería la salud laboral. Como sabemos, la empresa debería de implantar un plan de prevención, además de responsabilizarse de la vigilancia de la salud, desarrollar las medidas preventivas y proporcionar los EPIS necesarios.

A los y las sindicalistas no nos gusta hablar de pluses de tóxicos, penosos y peligrosos, porque la salud de los trabajadores y las trabajadoras es más importante que la retribución económica. ¿Cómo abordaríamos esta área desde la perspectiva sindical? ¿Pasarián las ETS a ser enfermedades laborales reconocidas? ¿Cómo garantizaríamos el cumplimiento de las medidas de prevención en cada "servicio"? ¿Estarían los clientes dispuestos a cumplir con el procedimiento? ¿Y los empresarios? ¿Qué pasaría en caso de contagio? ¿A quién reclamaría el cliente?

Clientes y profesionales deberían de pasar un control sanitario en cada servicio y nosotros/as, la RLPT, exigirlo.

Los planes de igualdad no serían un asunto menor, a partir de 50 trabajadores y trabajadoras deberían de contar con ello las empresas de prostitución y por supuesto con su protocolo para la prevención del acoso sexual y por razón de sexo, una lógica que convierte lo profundamente violento y desigual en algo normalizado.

Ante esta sinrazón, el sindicalismo debe de ser una herramienta de defensa colectiva.

Legalizar la prostitución implicaría blanquear una situación de explotación que va en contra del feminismo, la igualdad y los derechos humanos. Por lo que en ningún ámbito progresista y mucho menos sindical cabe el discurso de regular una explotación, en la que prácticamente la totalidad de los clientes son hombres que mediante una coacción económica obtienen beneficios sexuales de mujeres prostituidas.

El único modelo defendible desde un punto de vista sindical es el **modelo abolicionista**, que proteja a las mujeres y castigue a los puteros.

PORQUE EL CUERPO DE LA MUJER, NO ES UN CENTRO DE TRABAJO.



LOS JÓVENES Y SU TRIBU

Esmeralda Gómez Souto

Vivimos tiempos extraños.

Esta sencilla idea es tan subjetiva como cierta. Nos enfrentamos diariamente a la incertidumbre. Una incertidumbre que oscila entre la dificultad para pagar el alquiler hasta la angustia de pensar en que uno de los muchos conflictos armados que se ciernen, como múltiples espadas de Damocles, sobre nuestras cabezas, termine descargando sobre nuestras cabezas sobre las cabezas de las personas de clase trabajadora y sobre la cabeza de las mujeres, que, como se ha cansado de repetirnos la historia, son quienes pagan más caro el precio de los conflictos, desde los cotidianos, como el de pagar la vivienda, hasta los globales, y para muestra, en genocidio en Gaza.

Este tiempo de incertidumbre lo viven también los y las jóvenes y adolescentes. Y si la edad es ya de por sí un componente de indefinición, incertidumbre, experimentación y confusión, el contexto global en el que se está criando esta última hornada de juventud y adolescencia, viene a incrementar la ya de por sí cambiante actitud propia de la edad.



Y, confieso con cierto rubor, que nos ha pillado por sorpresa una tendencia no tanto mayoritaria pero sí más ruidosa que muestra parte del alumnado de los centros. Una suerte de posicionamientos y perspectivas que actualmente se escuchan en las aulas de secundaria y que no creo que respondan a un enfoque profundo y nacido del convencimiento sino aprehendido con la ligereza con la que se toma posición en las redes sociales.

Me recuerdo entonces a mí misma que, como profesora de secundaria, siempre he defendido que nuestro alumnado es lo que siempre ha sido, lo que nosotras fuimos, el reflejo de la sociedad en la que viven. No son sino lo que hemos hecho de ellos. Y de ellas. Y con en 'hemos' vuelvo al proverbio, si quieren manido pero dolorosamente cierto, de que para educar a un niño, y añado, y a una niña, hace falta una tribu entera.

Y por eso mismo, pretender que la población adolescente manifieste una ética ajena, o superior, a la de su tribu es, sencillamente, una majadería.

La población escolar y adolescente posee menos herramientas que la población adulta, por una mera cuestión de recorrido vital. Y mientras transita el camino formativo en el que adquirirá herramientas para enfrentarse a su futuro, a poder ser con una perspectiva crítica y ciudadana, recibe el mismo bombardeo de mensajes contrarios a valores de solidaridad, igualdad, equidad o democracia que recibimos la población adulta.



Y es que vivimos en una sociedad que va enfermando de odio y de irracionalidad. Y puede resultar paradójico porque tenemos más información que nunca, y la información más accesible que nunca. Pero olvidamos que el exceso de información marea y produce ruido. Y que al alumnado hay que enseñarle a discernir, a reflexionar, a pensar, a tomar decisiones conscientes, a interpretar y a decidir. Son necesarias la pausa y el aburrimiento. Los y las docentes tratamos de hacerlo, muchas veces lo hacemos, dentro de nuestras posibilidades, pero nuestro antagonista es poderoso.

No es casual, es una ofensiva que tiene la intención de transformar el paradigma político desde todos los frentes. Y las redes son el terreno elegido por la internacional reaccionaria para convencer a la juventud. Hay eficaces herramientas de comunicación y mucho dinero detrás de esta estrategia.

Pero es que, claro, si entre los jóvenes hay un 17% de defensores de la pasada dictadura, un 21% de la población adulta es de la misma opinión. Los jóvenes, si nos fiamos en estos datos, son, de nuevo, fiel reflejo de sus mayores. También son reflejo de los silencios de un país que decidió esconder la memoria. Nuevamente la tribu les falla. Porque la memoria democrática comienza tarde y comienza lenta porque no faltan palos en las ruedas, rechazos institucionalizados y un sistema educativo que no les cuenta qué pasó hasta segundo bachillerato. Y eso deja fuera de este aprendizaje a un número importante del alumnado.

Es un claro fallo sistémico que siendo grave, no lo sería tanto, si la memoria democrática y la justicia y reparación para con las víctimas del golpe de Estado del 36 no fuese, aún a día de hoy, asignatura pendiente COMO PAÍS. POR OTRO LADO, un país que hubiera sacado de las cunetas a sus antepasados para darles digna sepultura no habría hurtado la memoria a ninguna de sus generaciones. Es la pescadilla que se muerde la cola.

Otra batalla cultural, que no es cultural sino de modelo de sociedad, es la de la igualdad entre hombres y mujeres.

Se habla del resurgir del machismo en los jóvenes. Veamos si los datos avalan esta sensación. El observatorio FAD de la juventud revela que hay un 23% de jóvenes que niegan la existencia de la violencia de género o la catalogan de "invento ideológico". Puede parecer un número relativamente pequeño porque, si le damos la vuelta a la cifra, un 77% no comparte esta opinión, pero lo alarmante no es ya la cifra o la opinión en sí, sino su crecimiento, porque en 2019 solo un 12% de los jóvenes presentaba esta opinión. Por cierto, las chicas comparten esta opinión en un 13% y en el año 2019 solo un 5% sostenía este punto de vista.



Hace poco veía un documental sobre un corriente de jóvenes que se organizaron para crear una gran movilización a favor del control de armas en los Estados Unidos. Una de las alumnas más activas decía al entrevistador que su educación no estaba en su casa ni en la escuela, sino en las redes sociales. Allí se habían puesto de acuerdo miles de jóvenes con similares perspectivas y habían sido capaz de extender el movimiento que nacía en un instituto herido por la tragedia a todo el país.

Es un ejemplo heroico, ciertamente. Pero cuando pienso que en el último barómetro del CIS un 17% de los jóvenes DECLARA que la dictadura franquista fue mejor que la actual democracia me acuerdo del bombardeo reaccionario que reciben a través de las redes.

La inexistencia de la violencia de género no es una opinión, es una mentira. Pero a la juventud la sociedad les ha enseñado que la opinión tiene la misma validez que la evidencia, que la mentira es una estrategia válida siempre que esta sirva para reforzar tus intereses (o los que crees tuyos) y que el que más grita debe tener más razón que el resto. De modo que la ofensiva reaccionaria en materia de igualdad entre hombres y mujeres les ha contado, fundamentalmente a través de las redes sociales, que los hombres son los nuevos discriminados por culpa del feminismo.

Esa idea que parece que está extendiéndose entre un sector notable de los jóvenes. Pero también de los no tan jóvenes. Y cierra los ojos ante los múltiples ejemplos de discriminación y violencia que viven las mujeres y las niñas cada día en todas las partes del mundo. Las cifras de la discriminación y las violencias tampoco son opinables, son datos. Pero ya sabemos a estas alturas que dato no mata relato.

Es paradójico, a su vez, que cuándo se les pregunta por las causas de la violencia de género, el porcentaje mayoritario (casi 37% de las jóvenes y un 35% de los jóvenes) considera que la causa principal de la violencia de género es la falta de educación, quedando por detrás factores como la desigualdad o los mandatos de género del sistema patriarcal.

Y digo que es paradójico porque cada vez es más frecuente que ante actividades pedagógicas de fomento de la igualdad se levantan acaloradas críticas sobre ideologización y adoctrinamiento en las aulas. No es exclusivo de la promoción de la igualdad y el feminismo, también se acusa de adoctrinamiento cuando se abordan temas de memoria democrática.

Al final, la internacional reaccionaria embiste a todo aquello que suene a valores democráticos, a pérdida de prerrogativas, a transformación social.

Permítanme que les confiese que me molesta bastante cuando se achaca a la escuela la solución para todos los males de la sociedad: el uso indiscriminado de los dispositivos móviles, la educación vial, la buena alimentación... Y también la adquisición de valores democráticos e igualitarios. Me irrita no porque no sea un espacio además de formativo, educativo en el sentido ciudadano del término, de adquisición de conciencia y valores críticos y democráticos, que, obviamente lo es; me irrita porque se le traslada toda la responsabilidad, como si el resto de la sociedad, la tribu, no tuviera nada que aportar. Y lo tiene todo.

Los centros educativos en sus diferentes etapas tienen la obligación de fomentar la igualdad entre las niñas y niños desde la primera infancia, promoviendo espacios participativos y de juego comunes, donde las niñas no se vean relegadas a papeles pasivos (quiero destacar todos los proyectos de patios inclusivos, que desmontan el espacio central destinado al fútbol de los niños en favor de la introducción de otras actividades y deportes que no segreguen a nadie y amplíen la oferta de ocio); tienen la encomienda de fomentar una forma de relacionarse igualitaria a través de proyectos de educación afectivo sexual en las diferentes etapas educativas; debe promover actividades que restaren las figuras femeninas borradas de la historia de la ciencia, las artes, la historia y las humanidades; y tiene el compromiso de fomentar, en definitiva, una educación en valores que construya de forma activa un futuro igualitario y democrático.

Podría destacar un número importante de proyectos que discurren en este sentido: los proyectos de patios inclusivos, los de memoria histórica y democrática como el del IES Montes orientales (Granada), los blecuanos enlorquecidos del IES Blecua (Zaragoza), el proyecto coeducativo de del IES Santa Clara (Santander), etc.

Pero la escuela no puede ser el remedio de todos los males. Porque se queda sola. Y porque no es más que un componente más de la tribu, y le faltan recursos y le sobran ataques. La escuela, la familia, la sociedad civil, las diferentes instituciones, los medios de comunicación... Todo genera una educación social global. Y todo tiene que intervenir en promover un futuro en el que cada generación de jóvenes pueda desarrollarse.

Porque, en tutoría podemos trabajar la igualdad entre mujeres y hombres, en tecnología la invención del ebook de Ángela Ruiz Robles o las aportaciones de Ada Lovelace a las matemáticas, pero los mensajes que cuestionan a las mujeres ante una agresión sexual (véase el caso de la Manada), los partidos políticos que nos respetan los minutos de silencio ante el asesinato de mujeres a manos de sus parejas o ex parejas, los influencers dando consejos casposos sobre relaciones sentimentales y la valía femenina o los defensores de los pasados y presentes totalitarismos, también están ahí. Y sus herramientas son poderosas.

Pese al panorama, vamos a darle la vuelta a las cifras. No soy una optimista, pero sí creo profundamente en la educación. Pese a la tormenta de mensajes reaccionarios, alrededor de un 80% de los y las jóvenes están lejos de las posiciones neofranquistas. Tampoco, pese a lo alarmante de las cifras, son mayoría los chavales que niegan la existencia de las desigualdades entre mujeres y hombres, o creen que la violencia de género sea un invento ideológico, como demuestra la presencia creciente de los chicos las manifestaciones del 8 de marzo, entre otros espacios de reivindicación del feminismo.

Hace poco decía un amigo que, como yo, tampoco es un optimista nato, que a los chavales no había más que ofrecerles causas justas en las que militar para que vuelvan a salir a las calles, como ha ocurrido con la protesta contra el genocidio en Gaza. Añadía que las chicas ya estaban, porque a las chicas no se las espera, ya están. Pero se les han sumado muchos chicos, que se han mostrado comprometidos con causas como la ya nombrada, o como la huelga contra el bullying que ha sacado a la calle a centenares de jóvenes y adolescentes en todas las ciudades de España.

Eso también será mérito de la tribu. De unos valores sociales que también han llegado a una parte de la juventud, que no está tan envalentonada ni hace tanto ruido como la otra, pero que también pretende una legítima presencia en las calles y recoge el testigo de la construcción de una sociedad igualitaria. Estas chicas y estos chicos tienen muchas ganas de mejorar su futuro. Y es a ellas a las que hay que dar voz y soporte, porque nosotras también fuimos ellas y antes lo fueron otras.

La educación hace lo que puede y la tribu falla mucho. La ofensiva reaccionaria es, como ya he dicho, tremadamente fuerte, no hay que minimizar su importancia. El neofranquismo y el neomachismo avanzan posiciones, habida cuenta que nunca se fueron.

Pero también sigue existiendo una sociedad con sentido común, luchadora y plural que no está dispuesta a dejarse arrebatar todo aquello que tanto ha costado conseguir. Y ahí también están las jóvenes y los jóvenes. También son reflejo de su sociedad y de unos valores que nacen desde la base y, con mayor o menor acierto, se fomentan también en la escuela. Esa escuela pública, que no olvidemos, es otro de los frentes de ataque.

Termino ya con una idea y una consigna.

La idea: los jóvenes y las jóvenes son solo lo que es su sociedad. Y en estos tiempos extraños recogen lo que su sociedad, más compleja si cabe que en tiempos pasado, les ha trasladado. Pero no miremos solo hacia el ruido. Miremos también a quienes eligen las causas justas, porque están ahí, en las aulas y en las calles.

Y la consigna, que quiere recoger la obligada confianza en la juventud de nuestros días; alguien en el pasado tuvo que confiar que las luchas obreras, las luchas de las mujeres, las luchas sindicales, las luchas vecinales tenían que pasar a nuestras manos, que entonces éramos jóvenes, para poder continuar con un legado de lucha, que se antoja infinito.

POR TODO ELLO, SOLO CABE CERRAR CON AQUELLO DE “PORQUE FUERON, SOMOS, PORQUE SOMOS, SERÁN”.



NEGOCIACIÓN COLECTIVA E IGUALDAD

Ana Sánchez Delgado

Me toca iniciar la andadura de esta revista escribiendo sobre un tema nuclear en nuestra organización: la negociación colectiva, y por ponerle apellidos a este núcleo de nuestra actividad sindical, le podemos poner el de "planes de igualdad", si queremos ir más allá del conflicto de clase, que en definitiva son las medidas negociadas (1) que son las que permiten que los diagnósticos sobre la situación de las mujeres dentro de las empresas mejoren con propuestas concretas. (No siempre se negocian, lo sé pero no tenemos que desesperar, hemos metido la mano en donde nunca nos la dejaron meter, en temas de organización del trabajo, categorías Profesionales, pluses y sobre todo hemos conseguido darle la vuelta a la cantinela que no solo las empresas repetían "aquí no hay discriminación. Sigamos luchando)

Pero hablando de cómo mejorar la vida de las trabajadoras en este país, al nombre genérico de la negociación colectiva y al primer apellido de planes de igualdad, yo le pondría un segundo apellido que es el de la reducción de jornada.

Suerte que esta lucha de clase, que trata de disputar el tiempo de ocio, va a mejorar el conflicto de género que vivimos las mujeres desde que el mundo es mundo y desde que entramos en el mercado de trabajo, a fuerza de reivindicar nuestro derecho al empleo, a desligarnos de nuestro destino impuesto en la casa, y por qué no decirlo, a fuerza de que nuestro salario venía siendo necesario para vivir en una casa con una familia de varias personas.

Y la pelea por la reducción de jornada vinculada a la apuesta por la conciliación de la vida laboral, familiar y personal nos va a dar sin duda el oxígeno que buena parte de nuestros compañeros estaban ya respirando, sin duda también porque el conflicto de clases los llevó a priorizar esta reivindicación, y fue la organización quien les permitió conseguirlo.



Creo que es obvio para todos y todas que formamos parte de la organización, pero por si acaso lo recordamos, y nos lo recordamos para poner uñas y dientes en esta pelea por la reducción de jornada. Por justicia. Para todos y todas, pero de forma específica para las mujeres, que trabajan mayoritariamente en el 95% de los sectores precarizados, con condiciones laborales por debajo de la media de este país, de esta región y de las provincias de nuestra comunidad. El convenio del textil por ejemplo tiene 1808 horas anuales, el convenio de la hostelería 1790/1796 según la provincia de nuestra CCAA. El convenio de limpieza oscila entre las 1784 y las 1763 dependiendo de la provincia de nuestra comunidad.

Todas estas jornadas están por encima de las jornadas medias en Aragón que están entre las 1725 horas anuales o las 1751,62 horas dependiendo del ámbito de aplicación (convenios de empresa o convenios sectoriales).

En el año 2024 se negoció el convenio textil, que tiene carácter estatal, fue un ejemplo de lucha de nuestras delegadas en las empresas de este sector, y esa lucha arrancó 8 horas de reducción. Aunque se quedó como una espina clavada en las mujeres de la industria, que en la pelea de ese convenio no logramos igualar salarialmente a las mujeres respecto a sus compañeros y se mantiene una lista interminable de puestos de trabajo con su correspondientes categorías, y en la que las mujeres, oh sorpresa, cobran menos que los hombres.

Esta reducción de jornada es una reivindicación de clase pero también de género, y como último apunte: Tenemos mayor incremento de afiliación de trabajadoras que de trabajadores, hagamos que enarbolen la bandera de nuestras Comisiones Obreras al grito de "sí nos representan".

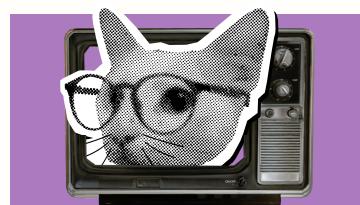
VISTO POR AHÍ

En las redes ha reaparecido la historia de una de las batallas feministas más insólitas y reveladoras: la conquista del derecho a usar un baño público. Sí, un baño. En pleno siglo XIX, mientras los hombres ocupaban calles, cafés y cualquier espacio imaginable, a las mujeres se les negó el acceso a los servicios públicos porque, según se decía, podían "comprometer su dignidad". Una explicación impecable, si el objetivo era que no se movieran demasiado lejos de casa.

Los historiadores han bautizado esta norma no escrita como "la correa urinaria". Un nombre que, en efecto, describe con precisión el funcionamiento: las mujeres podían desplazarse exactamente hasta donde se lo permitiera su vejiga. El urbanismo victoriano lo dejó claro: lo público era territorio masculino, lo privado, prisión femenina. Una distribución del espacio basada, literalmente, en la micción.

Ante la falta de baños, muchas mujeres optaban por no beber en todo el día para evitar el "problema". Todo muy higiénico y moderno. La ironía es que estas restricciones, presentadas como defensa de la moral, solo defendían un orden social que prefería a las mujeres invisibles antes que iguales.

La historia circula ahora como curiosidad, pero conviene no perder de vista su fondo: cuando incluso ir al baño se convierte en una reivindicación política, quizás el problema nunca fue la infraestructura, sino quién estaba autorizado a ocupar el espacio público.



Tipos de dolor de cabeza



Migránea



Tensión



Estrés

Un tipo diciéndome
ni machismo ni feminismo



EQUIPO REDACTOR

- Marta Gracia
- Raquel Hernández
- Ana Sánchez
- Esmeralda Gómez
- Eva Murillo
- Sonia García

COORDINACIÓN Y EDICIÓN

- Secretaría de Mujeres de CCOO Aragón

FOTOGRAFÍA

- Equipo comunicación
- Archivo histórico de CCOO Aragón
- Imágenes generadas por IA

Paseo Constitución, 12-3^a planta, 50008 Zaragoza

976483237

igualdad@aragon.ccoo.es

[HTTPS://ARAGON.CCOO.ES/](https://ARAGON.CCOO.ES/)



Aragón